



EL GENERAL D. JUAN ALVAREZ,  
Presidente provisional de México.

## CAPITULO SEGUNDO.

### PRINCIPIO DE LA REVOLUCION.

Disgusto general.—Primeras tentativas contra la dictadura.—Terribles escamientos.—General aquiescencia.—Terror.—Consecuencias de la exageracion del orden.—Miseria de las localidades.—Lisonjeros y aduladores.—Departamento de Guerrero.—Temores y recelos del gobierno.—Las autoridades del Sur.—Envío de tropas á Guerrero.—Pretexto de la medida.—Disgusto en el Sur.—Primeros proyectos de revolucion.—Los precipita la entrada de las tropas.—Alvarez, Moreno, Villareal.—Orden de prision contra éste.—Conferencias entre los caudillos.—Sábelo el gobierno, y aparenta confianza.—Primeras órdenes para observar y perseguir á los de Guerrero.—Orden de bloquear á Acapulco.—Instrucciones dadas al general Perez Palacios contra Alvarez.—Precauciones de las autoridades del Sur.—Sale Moreno de Chilpancingo, y renuncia.—Reunion de tropas del Sur en el Peregrino.—Resuélvense á pronunciarse.

MAL podia sufrir el yugo de tan desafortada tiranía una nacion de carácter altivo y pundonoroso, que si no estaba bastante bien educada en las costumbres de la libertad política, tenia estímulos de sobra en sus hábitos de libertad civil, para rechazar indignada tanta

opresion y tanto vilipendio. Así fué que desde muy temprano y aun antes que el poder dictatorial desplegara aquel lujo de represion que se notó despues, hicieron en Puebla, Guanajuato, Yucatan y Veracruz, tentativas mas ó menos formales para sacudir un yugo que desde entonces se presumia ya insoportable ; pero el gobierno las sofocó tan rápidamente, é hizo tan terrible escarmiento en sus autores, que al parecer no quedaron bríos en los amigos de la libertad para levantar de nuevo la cabeza. <sup>1</sup>

Desde entonces pudo la dictadura consagrarse sin obstáculos á echar los cimientos de su poder, de una manera indestructible ; y tal vez lo habria conseguido, si la Providencia pudiera consentir que se consolidara la injusticia para ser el azote de un pueblo inocente. La centralizacion política y administrativa llevada hasta sus últimos extremos, es decir, un sistema constante de agresion contra la libertad individual y los derechos de las localidades, fué el principal medio que el gobierno empleó para acrecentar y asegurar su poder omnímodo. El elemento militar, como que le

<sup>1</sup> Los que promovieron las conspiraciones de Veracruz y Yucatan, fueron fusilados. Fué muy sentido el jóven Don Sebastian Molas, jefe del movimiento de Yucatan, cuya sangre fué la primera que se derramó en las conspiraciones contra la dictadura de Santa-Anna.

debía en cierto modo su existencia, y realmente le era deudor de su desarrollo y de su brillo, era el mas poderoso auxiliar de sus planes, y no habia peligro de que le fuera infiel, por mucho que se ensañara la opresion en las otras clases de la sociedad.

En fin, todo callaba y retrocedía ante la voz y ante los pasos de la dictadura : ella daba sus leyes, y sus leyes eran acatadas en medio de un general silencio : ella avanzaba osadamente contra toda libertad, y no habia ya hombres libres que le atajaran el paso. Y como si todo se hubiera conjurado á favor de ella, y en contra de la nacion, sus mismas providencias atroces, y hasta sus disposiciones ridículas, eran apoyo de su dominacion y servian eficazmente á sus proyectos, confundiendo tal vez el terror que escitaban sus venganzas, con la veneracion y el respeto de una autoridad severa, y creando en torno suyo una aureola de esplendor y un valladar de poderosos intereses con aquellas medidas que tanto lisonjeaban el amor propio ó el interes de ciertos individuos y de ciertas clases.

Los que no vieron aquella situacion, no pueden formarse una exacta idea de lo que pasaba, y mucho menos si escuchan hoy las maldiciones que dirigen á la

dictadura todos los ciudadanos, todas las clases y todos los partidos. Aunque sea triste consignarlo, es preciso decir que el general Santa-Anna no solo tuvo el apoyo de santanistas y conservadores, sino tambien el de muchos liberales que no se desdeñaron de servir con celo á aquella administracion, ni de dar su voto á favor del poder unitario, ni de llevar la cruz de Guadalupe. Si despues que cayó la tiranía, han querido todos pasar por Brutos y por Catones en punto á dignidad republicana, no por eso deja de ser verdad que andaban muchos entonces menos erguidos que ahora, tomando parte en el coro general que entonaba las alabanzas del ídolo. La historia no se maravilla de esto, despues de haber visto las flaquezas de la raza humana en todos los periodos de su afanosa existencia; y si aquí se consignan hechos semejantes, es porque ellos revelan por un lado el espíritu de la época, esplican por otro la larga duracion de la dictadura, y hacen resaltar el mérito de los que osaron atacarla hasta vencerla. Si no hubiera sido una especie de moda desdeñar la libertad y adular al despotismo, y si no hubieran entrado en ella infinitos ciudadanos de los que hoy lo negarian, el gobierno de Santa-Anna no habria subsistido veinte y siete meses, escandalizando á la República con sus desafueros; la revolucion no habria sido una empresa heroica por las dificultades que tuvo que vencer, y no habria razon

para escribir con letras de oro en los anales de México el nombre de sus caudillos. La nacion aceptó la dictadura, guardó silencio ante sus desmanes, humilló la cerviz ante sus agresiones; y cuando los valientes, que no habian incensado á Baal, arrojaron el guante en el Sur, no solo tuvieron que luchar contra una masa enorme de fuerza fisica, sino contra la opinion que habia reconocido, aceptado y aun aplaudido los desafueros, porque estaban disfrazados con hermosos nombres, y vestidos con deslumbradoras galas.

Sin embargo, el empleo mismo de aquel sistema agresor, cuya aplicacion parecia ser la base mas sólida de la omnipotencia del general Santa-Anna, fué el principio de su ruina. Se habia exagerado el principio del orden: era preciso que saltara el principio de libertad, como un resorte comprimido por mano impotente.

Corrian los primeros meses de 1854. Todos los departamentos de la República se habian sometido, de grado ó por fuerza, al terrible poder central que se levantaba en México; el dictador tenia ya en todos ellos con el nombre de gobernadores y comandantes generales, una especie de procónsules que eran otras tantas columnas de la dictadura militar; la fuerza de las localidades habia desaparecido, y en ninguna par-

te se hacia ya sentir otra fuerza que la del centro, de donde partia todo, y á donde todo iba á parar, como si en la faz de la nacion todo hubiese de recibir su sér de la dictadura, y como si para ella sola debiese vivir todo lo que tenia existencia.

Entretanto, aumentábase espantosamente el número de los ciudadanos, que por amigos de la libertad, ó por celosos del decoro de su país, gemian en los calabozos, ó andaban mendigando el pan del destierro en tierras estrañas; y un silencio de muerte reinaba por todas partes, sin que se escuchara mas ruido que el de insultantes fiestas, y la voz de los aduladores que postrados á los piés de la dictadura, la entonaban alabanzas, ó hacian la crónica de sus regocijos. No habia una voz independiente que se alzara contra la opresion: solo protestaban contra ella en el rincon del hogar doméstico, las lágrimas de la esposa que lloraba al esposo perseguido, y el llanto de los hijos que reclamaban al padre desterrado. Parecia completo el triunfo de la tiranía, y resuelta para siempre la servidumbre de los mexicanos.

Del gobierno de Santa-Anna podia decirse lo que un orador griego decia de los arcontes puestos por Lisandro para oprimir á los atenienses: que “no se po-

dia asistir sin peligro á los funerales de sus víctimas:” y aunque por dicha de la civilizacion cristiana no hubiera bajo la dictadura ningun hecho que pudiera autorizar la exacta aplicacion de aquella frase, sobraron otros que probaban cuán peligroso era honrar la memoria de los muertos que no habian estado en su gracia. Cuando murió el general D. José Joaquin de Herrera, todos los periódicos, sin distincion alguna, le rindieron el tributo de respeto que merecia por sus virtudes; y esto disgustó tanto al gobierno, que hizo publicar en su *Diario Oficial* varios artículos contra el general difunto, no sin dar á entender á los escritores públicos la indignacion con que habia visto el presidente los elogios que se le habian tributado. ¡Y se trataba de un veterano de la Independencia, de un general que habia sido presidente de la República, de un ciudadano que habia ocupado dignamente los primeros puestos del Estado, de un hombre de bien que no habia sacado de su larga carrera sino un nombre sin mancha, y la mortaja con que acababan de enterrarle!

La dictadura no solo hizo pesar su cetro de hierro sobre los actos de la vida civil, sino que penetró con los caprichos de su autoridad hasta en lo mas recóndito del hogar doméstico, para imponer sus mandatos á las acciones de la vida privada. Despues que llegó

á su apogeo el desarrollo de aquel poder sin límites ni barreras, fué ya imposible á los ciudadanos entregarse á las expansiones de su corazón entre las cuatro paredes de su casa, para obsequiar á un amigo, para tributar honores al talento, al genio ó á la gloria. Si aquellos actos irritaban la envidia, la vanidad ó cualquiera otra de las pasiones del gobierno, una orden suya, terminante y severa, llegaba hasta el seno de las familias para prohibirlos. La República parecía ya una cárcel ó un cuartel, donde nadie se movía sin permiso del alcaide ó del general en jefe. <sup>2</sup>

<sup>2</sup> Cuando llegó á México el célebre poeta español Don José Zorrilla, los habitantes de esta capital le recibieron con un entusiasmo que rayó en delirio. Personas de todas clases y condiciones, de todos los colores y de todos los partidos, se esmeraron á porfía en obsequiarle: banquetes, tertulias, días de campo, se dispusieron para tributar al poeta el homenaje de la admiración que desde muchos años antes había escitado su hermoso genio entre todos los amantes de la gloria literaria: los poetas mexicanos pulsaron la lira para saludar al vate español, y todos los amigos de lo sublime y de lo bello querían, en fin, testificar que no les era indiferente el cantor de la VIRGEN y de GRANADA. Después de las demostraciones que podían considerarse como públicas, algunos individuos querían tener el gusto de obsequiar á Zorrilla en sus casas, y estaban preparándose para ello, cuando una orden superior vino á impedirselo. El gobierno había llevado á mal aquellas demostraciones, sin duda porque consideraba robados á sí mismo los aplausos que se tributaban al poeta. Entre sus admiradores había muchos altos empleados, y uno de ellos fué llamado á la presencia del presidente para sufrir una áspera re-

Los mexicanos pedían al cielo desde el fondo de su corazón, un hombre que los libertara de aquella servidumbre; y si aparentemente revelaba contento y satisfacción el deslumbrador aparato que rodeaba á los hombres del poder, había en realidad millares de familias desoladas, que desde el abismo de sus padecimientos ansiaban, como Dido, que brotase de su seno un vengador contra los autores de su desdicha. <sup>3</sup>

Había un departamento, que ya fuese por sus circunstancias topográficas, ya por las autoridades que

preñon por haber tomado parte en los obsequios hechos á Zorrilla. Profundamente irritado, habló el dictador de la vergüenza que era para los mexicanos manifestar tanta admiración por un hombre como aquel: dijo que si para los demás era una vergüenza, en los empleados del gobierno era una falta gravísima tomar parte en aquellos aplausos, como si tanto mereciera un poeta. "¡Basta ya, añadió, basta ya de entusiasmo necio! Y vaya vd. á decir á todos los que piensan continuar en esas demostraciones, que basta ya!..." El empleado tuvo que ir á las casas donde sabía que se preparaban obsequios á Zorrilla, á comunicar la orden de que no se le hicieran: y la prohibición fué puntualmente respetada. Después el poeta fué arrastrado ante el jefe de la policía, á dar una declaración sobre unos versos que se le atribuyeron entonces, en los cuales no se hablaba bien del general Santa-Anna, y que no eran obra suya.

<sup>3</sup> Exoriare aliquis nostris ex ossibus ultor.

VIRG. *Eneid.* Lib. IV.

mandaban en él, ya por sus antecedentes históricos, inspiraba grandes recelos al gobierno en medio de su poder sin límites y de la sumisión general. Este departamento era el de Guerrero. Cuna de la libertad mexicana, y tierra natal de ilustres patriotas que siempre la habían defendido, aquel departamento podía no someterse á los caprichos del poder arbitrario que tan rápidamente se desarrollaba: los antecedentes de sus hombres públicos, las asperezas de sus montañas, la fecundidad de su suelo, parecían brindar con seductoras voces á los enemigos de la dictadura, para que fuesen á levantar allí un estandarte por la libertad.

El gobierno lo temía, y no había una consideración que pudiera disipar sus temores. Es verdad que las autoridades del departamento habían sido nombradas por el gobierno; que éste las acariciaba con las más lisonjeras frases, y que las autoridades correspondían urbanamente á las muestras de afecto que el gobierno les daba: pero nadie ignoraba tampoco que aquellos nombramientos se habían hecho á más no poder, y que no eran sinceras aquellas recíprocas manifestaciones, puesto que Santa-Anna y sus ministros aborrecían de muerte á las autoridades del Sur, y que éstas no estaban contentas con la política dictatorial. El peligro era grave. Podían aprovecharse de esta si-

tuación los descontentos, que no eran pocos aunque no se contaran más que los perseguidos: podían rebelarse las mismas autoridades, que no se mantenían en la obediencia sino á fuerza de obsequios que no podían agradecer porque eran forzados, y de finezas que no se podían estimar porque eran fingidas.

Relaciones tan mal seguras, y sostenidas por tales medios, entre el gobierno de un país y sus autoridades subalternas, debían romperse al menor soplo, y eran una amenaza continua para el orden público de entonces, ó por mejor decir, para el poder ya tranquilo, y al parecer asegurado, de la dictadura. Resolvió, pues, el dictador enviar al departamento de Guerrero un cuerpo de tropas, con cuyo auxilio pudiese abandonar sus forzadas contemplaciones, é imponer la ley á las temidas autoridades del Sur.

Para llevar á cabo esta medida, se necesitaba un pretexto, y el gobierno le encontró en los rumores que entonces se esparcieron, sobre que una expedición de piratas, organizada en California, y á las órdenes del conde de Raousset<sup>4</sup> se aproximaba á las costas de la República con el objeto de atacar el puerto de Acapulco, y de invadir el territorio nacional, desembarcando por allí ó por cualquiera otro punto de la costa.

4 Mas adelante se dirá quién era este personaje, y el fin que tuvo.

Díjose entonces, y no sin razón, como se verá después, que este rumor había sido inventado por el gobierno de Santa-Anna para encubrir sus verdaderas miras: lo cierto es que nunca se confirmó la especie, ni asomó por ninguna parte la menor señal de la expedición á que se refería; y es lo cierto también que no fué otro el pretexto que hubo para el envío de tropas, que dió lugar á que estallase la revolución en el departamento de Guerrero.

Ya desde antes, los caudillos que después la promovieron y la fomentaron con tanta gloria, habían pensado en ella como en un recurso indispensable para libertar al país de la opresión en que gemía; pero careciendo de recursos para dar un paso tan aventurado, y no teniendo establecida ninguna de las relaciones que debían considerar indispensables, ni siquiera formado el plan bajo cuyo nombre hubieran de hacerse las primeras resistencias, habían diferido para más adelante, el golpe que les obligó á precipitar la entrada de las tropas del dictador en el departamento.

Es evidente que el gobierno no ignoraba los proyectos que fermentaban en el Sur contra su dominación, y que desconfiaba profundamente del general Don Juan Alvarez, gobernador y comandante general de Guerrero, del general Don Tomás Moreno, segundo

cabo de aquella comandancia, del coronel Don Florencio Villareal, jefe político y comandante principal de Costa-Chica, y de otras muchas personas que tenían influjo y prestigio en aquel departamento.

El 31 de Octubre del año anterior (1853) había destituido al coronel Villareal, dándole orden para que se presentara en la capital inmediatamente; y como una enfermedad grave que entonces padeció aquel jefe, le sirvió de buen pretexto para no cumplir esta orden, el gobierno se la repitió muchas veces, mandándole con fecha 11 de Febrero de 1854, que se pusiera en camino para la capital, "aunque sea en camilla." El 13 del mismo mes, dióse orden al comandante general del departamento para que le arrestara y le remitiera; y por último, el 15 mandó el gobierno al comandante general de Oajaca, que comisionara al teniente coronel Don Francisco Armengol, residente en Jamiltepec, para que cogiera "vivo ó muerto" á Villareal en Ometepec, ó donde se hallara.

Sabia el gobierno que Don Faustino Villalva estaba en Cacahuamilpa con 150 hombres amenazando pronunciarse, según comunicación del comandante principal de Cuernavaca, fecha 13 de Enero; que el 3 del mismo mes había estado Villareal con el general Al-

varez en la hacienda de la Providencia para tratar de la revolucion, segun resultaba de una informacion levantada en Puebla el dia 28 ; que los dos caudillos habian tenido otra entrevista el 20 en la estancia de San Márcos ; y que se trataba de oponer resistencia á sus tropas, puesto que el comandante de batallon Don Francisco Suarez habia dado aviso el 2 de Febrero, de que el gobernador y comandante general de Guerrero le habia mandado situarse con su batallon en Mescala para aquel fin.

Aunque sabia todo esto el gobierno, continuaba aparentando confianza en las autoridades del Sur. Desempeñaba entonces interinamente los destinos de gobernador y comandante general, el general Don Tomás Moreno, habiéndose retirado poco tiempo antes á sus posesiones el general Don Juan Alvarez por falta de salud. Don Tomás Moreno recibió, pues, varias comunicaciones, en las que se le hablaba de los proyectos piráticos de Raousset sobre Acapulco ; y con fecha 10 de Febrero se le comunicó que para evitar un golpe de los aventureros, iba el 2.º batallon activo de Puebla á guarnecer la plaza, donde debia quedarse de jefe político y comandante principal el coronel Don Rafael Espinosa. Se prevenia al comandante general de Guerrero, que auxiliase á aquellas tropas en todo lo que hubiesen menester, y se le hacian recomendaciones para que

cuidase de la conservacion del órden público en Tejuilco y en otros pueblos donde decia el gobierno que habia amagos de trastornos.

Al mismo tiempo era desterrado el coronel Don Benito Haro, que se hallaba en la capital, y cuyo regreso habia pedido el general Moreno, como necesario en el departamento de Guerrero para organizar y disciplinar un cuerpo de tropas. Casi al mismo tiempo (15 de Febrero) se daba órden al comandante general de Oajaca para que organizara una seccion de 400 infantes y 100 caballos, que á las órdenes del general Don Luis Noriega, 2º cabo de aquella comandancia, se situara en Jamiltepec, “para obrar contra los sublevados de Guerrero.” Pocos dias despues (el 22) recibia órden el general Don Angel Perez Palacios para marchar al mismo departamento á tomar el mando de las fuerzas que se habian enviado allá, y que eran el 2.º activo de Puebla y el 11.º de línea. “Puede suceder,” le decia oficialmente el ministro de la guerra Don Santiago Blanco, “que por las circunstancias en que se halla el departamento de Guerrero, sea necesario que V. S. se encargue de su gobierno político y militar, y para este evento le acompaño un órden en que se nombra á V. S. para uno y otro destino.”

Dió el gobierno á Perez Palacios largas instruccio-

nes que debían servirle de norma en su conducta contra los proyectos del general Alvarez, á quien debía vigilar muy cuidadosamente; “y aun *se indica* á V. S.,” le decía el ministro en el oficio citado, “que lo mande de arrestar, y remitir á esta capital.” La tal indicación era la siguiente, contenida en la 5.<sup>a</sup> de las instrucciones: “Declarada la sublevación, y satisfecho de que el general Don Juan Alvarez sea la causa de ella, *procurará asegurarlo*, mandándole en seguida á esta capital; pero esta operación procurará que se haga hábilmente, para que no se escape un hombre que puede hacer mucho mal.” En la instrucción 3.<sup>a</sup> se le mandaba hacer lo mismo con el general Moreno, “si obra de una manera insidiosa.” Además de esto, en carta particular de 24 de Febrero, decía el ministro Blanco á Perez Palacios estas palabras: “Obre V. con *mucha malicia*..... de ninguna manera *esterne* el verdadero objeto de su misión..... *divulgue* que lleva *las mejores intenciones*.”

Por último, con fecha 24 de Febrero, el gobierno previno al comandante de marina del Sur, Don Pedro Diaz Miron, que tuviera listo un buque para bloquear á Acapulco, “pudiendo ser necesario (decía la comunicación oficial) en el caso de que se llegue á alterar el orden en algun punto del departamento de Guerrero:” y en 27 del mismo mes ya se le dió terminan-

temente la orden para establecer el bloqueo con dos buques, que fueron la *Carolina* y el *Guerrero*.

De este modo, el gobierno desde mucho antes que estallara la revolución del Sur, y al mismo tiempo que aparentaba la mas perfecta armonía con aquellas autoridades, había dictado todas las medidas necesarias, no solo para reprimir un movimiento, sino también para asegurar á sus autores. En las relaciones de los individuos unos con otros, no es permitido obrar de esta manera: no queremos averiguar hasta qué punto varían las reglas de la franqueza y del bien parecer, tratándose de las relaciones de un gobierno con sus súbditos, sin negar por eso que el gobierno de Santa-Anna estaba en su derecho tomando las convenientes precauciones.

Las autoridades del Sur no se dejaron cojer en los lazos que el gobierno les tendía. El pundonoroso general Don Tomás Moreno salió de Chilpancingo con dirección á la costa en la madrugada del 24 de Febrero, en cuyo día entró allí el 2.<sup>o</sup> activo de Puebla. Su coronel Don Francisco Cosío, participando este hecho al ministro de la guerra en carta particular de la misma fecha, decía que el general Moreno se había marchado, “porque le dijeron que yo tenía orden del supremo gobierno para prenderle.” Tres días después

Moreno sobre la marcha en Jaltianguis, renuncia su empleo de 2.º cabo de la comandancia general de Guerrero, fundando esta resolución en *motivos de delicadeza*.

Entretanto, marchaban á su destino las tropas del dictador ; pero al llegar el coronel Espinosa el 26 de Febrero á la hacienda de Buenavista, recibe noticias de que en la cuesta del Peregrino le estaban esperando fuerzas enemigas para atajarle el paso ; y suspende su marcha.

Eran exactos los informes que tenia el coronel Espinosa. Los habitantes del Sur habian descubierto las verdaderas miras del gobierno. El general Alvarez se las habia manifestado en una proclama dirigida el 24 de Febrero á sus soldados reunidos en la Providencia, y les habia hecho ver la futilidad de los pretextos de aquella invasion, cuyo verdadero objeto era uncirlos al yugo de la tiranía, asegurando á las personas que tan serios temores habian inspirado al gobierno dictatorial.

Entonces fué cuando los hombres del Sur vieron llegada la hora de dar el grito que hacia tiempo medi-

taban, y cuando se comprometieron, sin mas recursos que su despecho y su brío, en una de las empresas mas arriesgadas que se registran en la historia de las revoluciones de México.